Fauna Guardianes

CORAL

Quien hace la arena



Una aventura ilustrada

10 años en adelante

La misma piedra



Crunch. Crunch. Crunch.

Lija encontró a Coral donde la había dejado: junto a una piedra baja, con la boca ocupada y la cola quieta. Un pez loro grande, turquesa, capaz de hacer que el fondo sonara a desayuno.

«Hoy voy a hacer arena», anunció.

Coral raspó otra vez.

«Coral.»

«Te oí.»

«Entonces puedes felicitarme por adelantado.»

La guardiana soltó una nubecita de polvo claro. Tenía una marca delante del pico. Volvió a acercarse a ella.

«Ahora vamos.»

Lija esperó. La marca ya estaba limpia.

La boca de Lija

Lija eligió otra roca y se lanzó. La corriente la desvió apenas; cerró la boca sobre nada.

«Eso era agua», dijo Coral.

«Es difícil verla a tiempo.»

La pequeña era castaña, con una franja clara en el costado y una cola que siempre parecía tener más prisa que ella. Dio la vuelta para intentarlo otra vez.

Coral ya se alejaba.

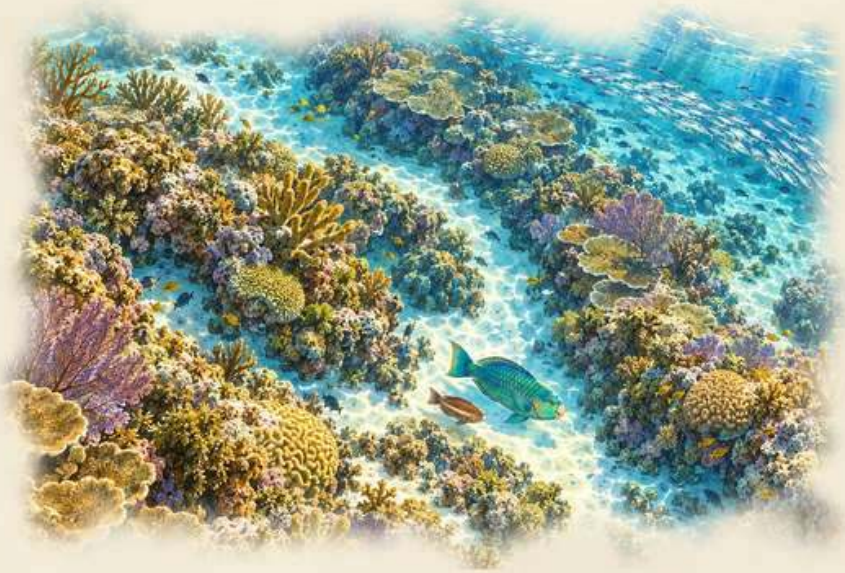
«¡No viste!»

«Te veo después.»

Lija la siguió con la boca cerrada. Había ensayado desde temprano para que Coral estuviera allí cuando sonara su primer crunch. Aquel después no le gustó nada.



El camino de todos los días



El arrecife se abría bajo la luz: calles de arena, balcones de piedra, habitaciones donde un pez podía desaparecer sin irse lejos.

Un cardumen giró sobre ellas y apagó el sol un instante. Las gorgonias se inclinaron, se levantaron, volvieron a inclinarse.

Coral conocía aquel camino de memoria. Raspaba un poco aquí, otro poco allá. Pero esa mañana, después de cada bocado, miraba hacia la misma loma.

Lija trató de ponerse delante.

«¿Adónde vamos?»

«A casa.»

«Pero acabamos de salir.»

Coral dobló junto a una roca partida. No contestó.

Una playa por detrás

Una nubecita blanca cayó detrás de Coral. Lija frenó.

«¿Eso salió de ti?»

«Sí.»

«¿Por ahí?»

«No tengo una puerta especial para la arena.»

«¿Y de dónde sale?»

«De la piedra. Lo que no es comida se muele por dentro y sale por detrás. Casi todo lo que ves debajo de ti lo hizo una boca.»

Lija miró el fondo, impresionada.

«Yo voy a hacer una playa enorme.»

Coral estuvo a punto de sonreír.

«Empieza por una mordida.»

Esta vez Lija le cerró el paso.

«Entonces quédate a verla.»



Antes de morder



Coral se detuvo. Señaló una piedra con una pelusa verde.

Al lado crecía una colonia de coral. Lija acercó el pico.

«Esa no. La piedra de junto.»

«Se parecen.»

«Mira lo que se mueve.»

Una boca diminuta recogió sus tentáculos. Lija retrocedió. Había más: una colonia de animales donde ella solo había visto un bulto.

Coral esperaba junto a las algas. Por fin la estaba mirando.

Lija se colocó frente a la roca. Quería hacerlo bien. Quería que la guardiana dejara de buscar con los ojos aquella loma lejana.

Entonces algo azul brilló entre el verde.

Lo que brillaba

Era más pequeño que un grano de arroz. Giraba entre las algas, pero no se doblaba como ellas.

Lija inclinó la cabeza. El azul desapareció.

Cambió de sitio. Volvió a verlo.

Aquello no lo había señalado Coral. Lo había encontrado ella, sin ayuda, y después de tantos bocados de agua parecía un premio.

Se acercó.

Una sombra turquesa se cruzó delante de su boca.

«Ese no.»

Lija frenó tan cerca que vio su propio reflejo en el ojo de Coral.

La guardiana, por primera vez en toda la mañana, no estaba mirando hacia otro sitio.



Sin probar



«Todavía no lo probé.»

«Por eso te paré.»

Esperaron a que el agua separara las algas. El trocito tenía un borde recto y otro roto. No era una hoja ni una boca diminuta.

«¿Qué es?»

«No sé. Lo he visto en otras piedras. No lo muerdas.»

El trocito no se ablandaba con el agua ni se deshacía con el sol. Solo se iba haciendo más chico. Y más chico cabía en cualquier boca.

Lija volvió a mirar su supuesto premio.

«Desde allá parecía otra cosa.»

«Desde allá vemos poco.»

Coral comprobó que la pequeña se apartaba. Esta vez no se adelantó.

Un puñado

Se quedaron frente a la roca. Lija descubrió otra astilla azul. Luego un hilo, después tres puntos claros trabados en una grieta.

Coral los había visto antes por separado. Juntos parecían un puñado. En una sola piedra.

«¿Desde cuándo están?»

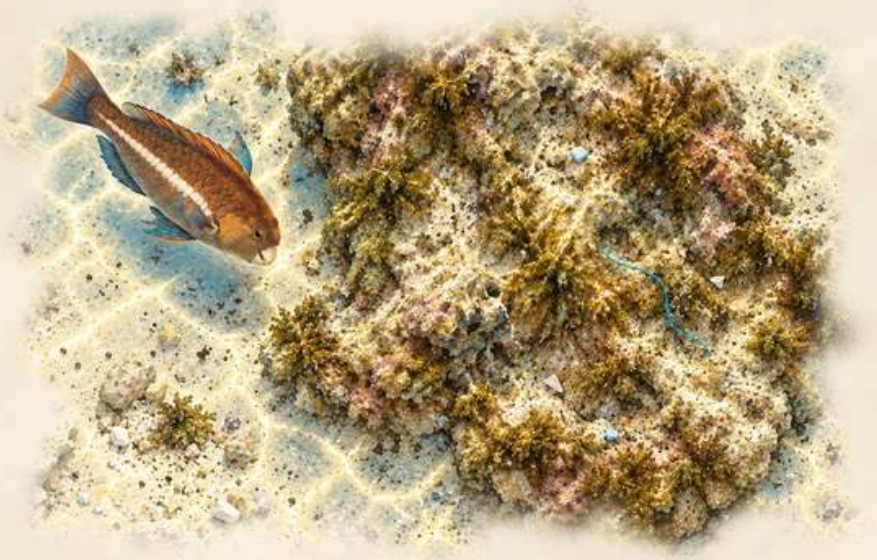
La guardiana no respondió enseguida.

Había recorrido ese sitio todos los días. Recordaba dónde crecía más alga y qué hueco daba sombra. No recordaba haber visto llegar aquellos pedazos.

Un fragmento se soltó y la corriente lo escondió entre las ramas.

Coral miró otra vez hacia la loma.

«Hay algo que todavía no te he enseñado.»



El color de casa



El Abuelo era una colonia enorme de coral cerebro. Sus surcos le daban aspecto de estar pensando desde mucho antes de que naciera Coral.

De pequeña, la guardiana se orientaba por aquella cúpula color miel. Si la veía, sabía volver. Si no la veía, buscaba un poco más arriba.

Lija conocía el nombre. No conocía todavía todos los caminos que llevaban a él.

«¿Vamos a verlo?»

Coral asintió.

Recordó el dorado de los surcos bajo el sol, la sombra junto a la base, su refugio del otro lado.

Eso recordaba.

Lo que había detrás de la roca partida era distinto.

Blanco

El Abuelo estaba blanco.

No por arena pegada. No porque le cayera un rayo de luz. Blanco en la cima, en los surcos, en el sitio donde Coral buscaba cada mañana el color de casa.

Lija se quedó suspendida.

«¿Se murió?»

«Estar blanco no quiere decir que esté muerto.»

«Entonces está bien.»

«No.»

Coral bajó hacia una piedra junto a la base. Allí había una hilera de marcas recientes. Lija reconoció el mismo raspado de la mañana.

«¿Por eso no te ibas?»

La guardiana movió una aleta. No alcanzó a parecer un sí.



Todavía



Lija se acercó sin tocar la colonia.

Entre dos surcos algo se movió. Unos tentáculos mínimos, casi transparentes. Se recogieron y volvieron a abrirse.

«Mira.»

Coral subió hasta ella.

No era un solo animal enorme: eran muchos pólipos viviendo juntos sobre el esqueleto que habían construido. Algunos se distinguían apenas contra el blanco.

La pequeña encontró otro movimiento. Y otro.

«Todavía», dijo.

No supo añadir nada.

Coral permaneció a su lado hasta que los tentáculos se abrieron de nuevo. Después volvió a mirar las algas de la piedra cercana.

Una pregunta sin fecha

El agua llevaba días demasiado tibia. Coral lo sentía en las branquias, aunque no supiera ponerle un número.

«Antes era color de miel», dijo Lija.

«El color no era suyo. Vivían con él unos que se lo daban. Diminutos. Adentro.»

«¿Y se fueron?»

«Con el agua tibia se van.»

«¿Y vuelven?»

«A veces.»

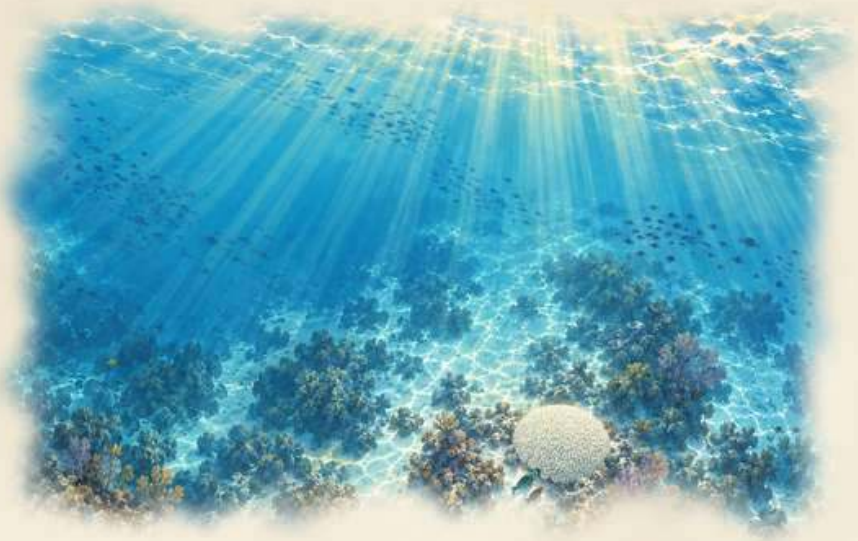
«¿Cuándo vuelve el color?»

«No sé.»

«¿Cuántas mordidas faltan?»

Coral bajó hacia el borde.

Lija la siguió. La pregunta se quedó detrás, sin respuesta, aunque la guardiana ya había vuelto a trabajar.



Otra vuelta



Coral raspó las algas de una roca junto al Abuelo, sin tocar sus tejidos vivos. Avanzó un poco. Miró la cúpula. Volvió a la roca.

Lija intentó imitarla y resbaló.

«Despacio», dijo Coral.

Ella no iba despacio. Había empezado a volver sobre una superficie donde casi no quedaba alimento.

Lija esperó el siguiente giro. La vio pasar sobre la misma marca.

«Ahí ya estuviste.»

Coral cambió de posición, impaciente.

No quería dejar aquel borde a medias. Tampoco sabía dónde terminaba un trabajo que, por mucho que hiciera, no devolvía el color.

Ahora mira tú

Al otro extremo quedaba una franja verde. Coral fue hacia ella.

Lija vio un destello.

«Ese no.»

La guardiana detuvo el pico antes de tocar la roca. Entre las algas había un trocito azul.

Se apartó. Miró a Lija.

«Lo vi de lado», dijo la pequeña. «Como antes.»

Coral volvió a recorrer la franja con los ojos. Había tenido la boca cerca, demasiado cerca, porque estaba mirando al Abuelo y no su propio bocado.

«Gracias.»

Lija no celebró haberla corregido.

«¿Podemos parar un momento?»

La guardiana buscó dónde ponerse. Llevaba horas sin necesitar un sitio para no hacer nada.



La promesa que no hizo



Se quedaron sobre la arena.

«¿Le prometiste que lo ibas a arreglar?», preguntó Lija.

Coral miró la cúpula blanca.

«No.»

«Entonces, ¿por qué trabajas como si se lo hubieras prometido?»

Pasó un pez entre ambas. Ninguna se movió.

«Porque siempre sé qué hacer con mi boca», dijo Coral al fin. «Y hoy no.»

Lija esperó.

«Comer las algas ayuda al arrecife. Pero no enfría el agua. No le devuelve el color por sí solo.»

La pequeña se acercó un poco.

«Yo no te pedí que hicieras eso.»

Coral la miró.

«Te pedí que vieras mi mordida.»

Por una vez, detrás

Coral levantó la cabeza. Más allá del canal asomaban unas ramas rectas que había visto días antes.

«Quería mirar aquello. Siempre digo que después.»

«Tienes muchos después», observó Lija.

La guardiana tardó un momento en contestar.

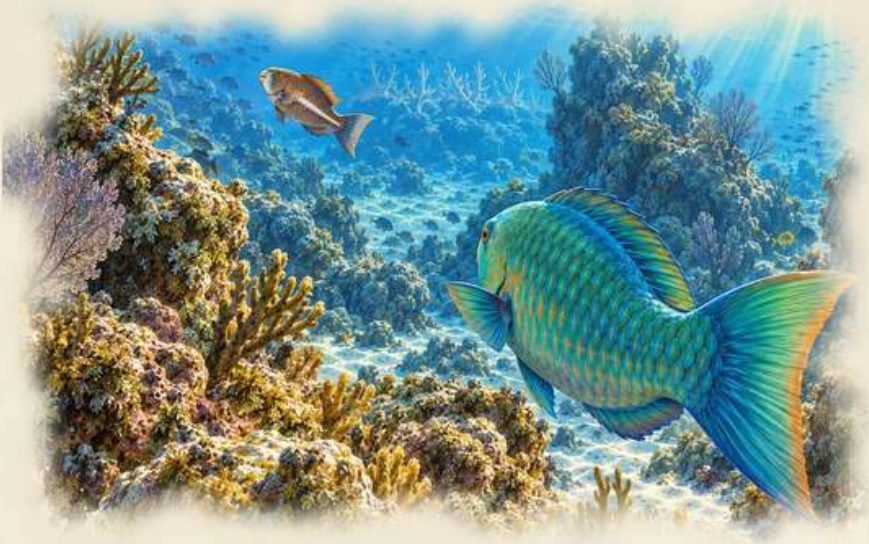
«Uno menos, entonces.»

Lija tomó la delantera. Coral fue detrás, incómoda al principio: desde allí no podía elegirle cada giro.

Atravesaron un claro. El Abuelo quedó oculto por una roca.

Coral estuvo a punto de volver la cabeza.

Delante, Lija se había detenido para esperarla. Siguió hasta alcanzarla.



Árboles sin hojas



Los brazos de aquellas estructuras sostenían pequeños fragmentos. Todo se balanceaba en el agua, sin arrastrarse por el arrecife.

«Más cosas de arriba», murmuró Coral.

Lija se acercó lo justo para distinguir unas ramitas.

«No brillan como el trocito.»

«Pueden ser otra clase de basura.»

«También pueden ser otra cosa.»

Coral abrió la boca para responder. Entonces vio los pequeños corales colgados de los soportes.

Detrás apareció una fila de burbujas. Una figura oscura pasó entre los árboles, se detuvo junto a uno y sacó una tablilla.

Las dos buscaron un sitio desde donde observar sin acercarse más.

La visita de arriba

Una buza revisaba los fragmentos. Otro buzo anotaba. Sus aletas se mantenían lejos del fondo.

Los fragmentos colgados eran corales. Chicos, vivos, con las bocas abiertas. Alguien los había puesto ahí a crecer.

Lija miró a Coral.

La guardiana tardó un poco.

«No era basura.»

«Voy a acordarme de que lo dijiste.»

«Me lo imaginaba.»

La buza esperó a que dejara de oscilar una rama antes de acercar la mano. Coral siguió el movimiento, atenta.

Luego miró otro soporte. Y otro. Quedaba muchísimo por revisar.



Una pieza, otra



La buza retiró algo enredado en un soporte y lo guardó. Comprobó una sujeción. Pasó al siguiente fragmento.

Coral reconoció aquel ritmo. Una pieza, otra. No hacía falta entender las manos para entender el trabajo.

El compañero señaló su tablilla. Se enseñaron unas señales y empezaron a recoger el equipo.

«No terminaron», dijo Coral.

En una rama quedaba una pequeña franja de algas. La buza la miró, hizo una anotación y se alejó.

Lija observó la rama. Después, a Coral.

Coral no añadió nada. Siguió con los ojos a las dos figuras que ascendían despacio.

Lo que queda pendiente

Los árboles siguieron balanceándose cuando los buzos se fueron.

Ninguna rama había crecido durante la visita. Entre la más chica y la más grande había meses de agua. Y el agua tibia llegaba también hasta aquí.

«¿Volverán?», preguntó Lija.

Coral miró las sujeciones revisadas, los fragmentos de tamaños distintos, el sitio donde habían guardado sus herramientas.

«Parece que cuentan con hacerlo.»

La pequeña dio una vuelta alrededor de su propia sombra.

«Nosotras también podemos volver.»

Coral pensó en la piedra que había raspado dos veces.



Quédate aquí



De regreso, Lija encontró una roca baja.

Miró desde arriba y desde un costado. Dejó atrás una colonia viva. Se detuvo ante un parche de algas sin fragmentos visibles.

Coral empezó a señalarle cómo colocarse.

«Espera.»

La pequeña todavía no había abierto la boca.

«Ya miré la piedra. Ahora necesito que tú me mires.»

Coral se puso a su altura.

Desde allí no veía al Abuelo. Tampoco los árboles del vivero. Solo a una aprendiz que llevaba toda la mañana intentando empezar.

«Aquí estoy.»

Lija comprobó que fuera cierto. Después se acercó al parche.

El sitio exacto

El agua empujó a Lija. Ella corrigió con la cola, se pasó y tuvo que volver.

Coral estuvo a punto de decirle menos. Cerró la boca.

La pequeña redujo el movimiento por sí sola. La piedra dejó de escaparse un instante.

Se inclinó. Perdió la posición. La recuperó.

No había un peligro acercándose ni nadie contando cuánto tardaba. Aun así, le costaba quedarse quieta.

Miró a Coral de reojo.

La guardiana seguía allí.

Lija volvió hacia las algas. Esperó a sentir el agua sobre el costado, no de frente.

Entonces cerró el pico.



Una vez



Crunch.

No fue fuerte. Un camarón chasqueó cerca y casi se llevó el sonido.

Lija se apartó. En la roca había una marca clara.

La miró. Miró a Coral. Volvió a mirar la marca.

«¿Oíste?»

«Todo.»

La pequeña soltó el agua que tenía en la boca y se quedó muy seria, como si no quisiera estropear nada.

Coral esperó. No le pidió otra mordida mejor ni le señaló el siguiente parche.

Por fin Lija sonrió con los ojos.

«Ahora sí puedes felicitarme.»

La guardiana rozó el agua a su lado con una aleta.

«Ahora sí.»

Sin firma

Después hubo otra mordida. Y una torcida. Lija se recolocó sin perseguir la piedra.

Más tarde, una nube diminuta salió detrás de ella. La pequeña giró demasiado rápido y la deshizo con la cola.

«¡Mi arena!»

Siguió un granito hasta que se mezcló con el fondo.

«Quería saber cuál era mío.»

Coral miró los miles de granos claros entre las ondulaciones.

«Yo ya perdí la cuenta.»

Lija buscó un poco más. Al final alzó la cabeza.

«¿Y si alguien pone su cola encima?»

«Para eso estamos haciendo fondo.»

La pequeña pasó sobre la arena sin volver a contarla.



El borde sin acabar



El Abuelo seguía blanco cuando regresaron.

Coral lo recorrió con la mirada. Encontró los tentáculos diminutos. Encontró también una franja de algas en la piedra vecina que no había raspado.

Bajó hacia ella.

Lija no la llamó. Esperó junto al refugio.

La guardiana se quedó frente al parche. Desde allí bastaba inclinar el pico. Una mordida, otra. Podía seguir hasta que desapareciera la luz.

Alzó la cabeza.

La franja podía esperar. No se lo había creído por la mañana. Ahora, mirando el refugio, empezó a creerlo.

Giró hacia Lija.

«Ese borde queda para mañana.»

La salida del trabajo

Entraron bajo una cornisa. Afuera, el arrecife cambiaba de turno: los peces del día se recogían; unas antenas tanteaban el agua desde una grieta.

Lija se acomodó y volvió a salir medio cuerpo.

«Desde aquí se ve al Abuelo.»

«Por eso elegí este sitio.»

La pequeña miró la cúpula pálida a través de la ventana de agua.

«¿Mañana también va a estar blanco?»

Coral dejó de acomodarse.

«Puede ser.»

Lija se metió otra vez bajo la cornisa.

«Entonces no lo vamos a medir por el color.»

«¿Y cómo?»

«Primero vamos a verlo.»



La cobija



Coral comenzó a envolverse en una película transparente de mucosa. Fue tomando forma alrededor de su cuerpo, blanda y reluciente.

«¿Y eso para qué?»

«Para que lo que muerde de noche muerda la cobija y no a mí.»

Lija la observó muy seria.

«Arena por un lado. Cobija por otro.»

Coral permaneció inmóvil.

«Una tiene sus habilidades.»

La pequeña buscó un hueco cercano y empezó la suya. Le quedó una arruga junto a la cola.

Quiso arreglarla. Movió otra aleta. Ahora tenía dos.

Coral la miró sin decir nada.

No hacer otra vuelta

«¿Me vas a decir que lo intente otra vez?», preguntó Lija.

«No esta noche.»

La pequeña dejó de perseguir la arruga.

Durante un rato oyeron el agua rozar la piedra. Luego llegó un chasquido lejano.

«¿Estás despierta?»

«Todavía.»

«Hoy te enseñé algo.»

Coral abrió un ojo.

«Ya sabía hacer cobijas chuecas.»

Lija soltó una risa breve dentro de su capullo.

«Otra cosa.»

La guardiana miró por última vez la ventana de azul. El borde pendiente estaba afuera. También el Abuelo.

«Sí», dijo.

Y esa noche no salió a dar otra vuelta.



La primera mordida



Crunch.

Coral abrió los ojos. La luz apenas entraba bajo la cornisa.

Lija estaba afuera, junto a la piedra que habían dejado. Se separó de la roca y miró hacia el refugio.

«Buenos días.»

Coral salió despacio. Antes de comer, fue a ver al Abuelo. Seguía pálido. Entre dos surcos se abrieron unos tentáculos.

Volvió junto a Lija.

La pequeña se hizo a un lado, dejándole espacio. Coral no ocupó su marca: eligió otro parche.

Crunch.

La primera mordida de aquella mañana no había sido suya.

Coral empezó la segunda sin ninguna prisa por alcanzarla.

Lo que cuenta la arena



Pista 1: la arena. Los peces loro raspan las algas de la roca y, de paso, muelen un poco de la roca misma. Lo que no es comida sale por detrás hecho granitos. Parte de la arena blanca de algunas playas del Caribe empezó en una de esas bocas. No toda: la arena tiene muchos orígenes.

Pista 2: el Abuelo. Un coral cerebro no es una piedra: son miles de animales diminutos viviendo juntos sobre el esqueleto que ellos mismos construyeron. Dentro de sus tejidos viven algas que les dan color y comida. Cuando el agua se calienta demasiado, las algas se van y el coral queda blanco. Puede recuperarse si el agua se enfría a tiempo. No siempre pasa.

Pista 3: la cobija. Algunos peces loro se envuelven de noche en un capullo de mucosa. En las especies estudiadas, eso les quita de encima a los parásitos chiquitos que muerden mientras duermen.

Lo inventado. Coral y Lija no son de ninguna especie en particular, y los peces loro de verdad no hablan ni enseñan a nadie. Los buzos que cuidan corales en viveros sí existen; el vivero del cuento es una mezcla de varios.

Tu turno. Muerde una zanahoria cruda con los ojos cerrados y escucha el crunch desde adentro de tu cabeza. Así suena el arrecife por la mañana. Y si un día visitas un arrecife, míralo de lejos y sin tocar: ese piso es de ellos.

Lo que no se hace a solas



Coral sabe triturar piedra. Lo que no sabe es cuándo dejar de intentarlo. Desde que el Abuelo perdió el color, ninguna mordida le parece suficiente. Lija solo quiere que la vea aprender. Hay un borde que va a quedar sin raspar.

FAUNA Guardianes
Adaptación ampliada del podcast «CORAL · Quien hace la arena», V1.3.
Conserva a Coral, Lija y el Abuelo y el conflicto original; desarrolla un conflicto propio para la guardiana.

Conoce las tarjetas del juego
Escanea y explora las cartas de FAUNA Guardianes en todos los idiomas.

betafaunaguardianes.pages.dev

Ciencia consultada
Blanqueamiento: oceanservice.noaa.gov/facts/coral_bleach.html
Arena y peces loro: oceanservice.noaa.gov/facts/sand.html
Capullos de mucosa: ocean.si.edu (Smithsonian Ocean)
Viveros de coral: coralrestoration.org

Segunda edición · Octubre de 2026